

16 PSICOTERAPIA Y SISTEMA DE RELACIONES OBJETALES COMO ESTRUCTURA PSICOLOGICA (I) : DIVISION Y DISOCIACION, "TOPICAS", CATEGORIAS Y CLASES.

CONTENIDO:

- 1. Introducción**
- 2. Sobre ambivalencia, disociación y elaboración de conflictos**
- 3. Sobre contradicciones**
- 4. Sobre categorías y clases objetales**
- 5. Algunas "tópicas" estructurales del psiquismo**
- 6. Sobre psicoterapia**
- 7. Bibliografía**

1. INTRODUCCION

El sistema de relaciones objetales (SRO), en tanto núcleo central del psiquismo humano, forma una totalidad de elementos que presentan –siguiendo a Bertalanffy (1968)- unas propiedades constitutivas como partes de un todo. Así pues, para el estudio del SRO, quedará en segundo lugar la toma en consideración de las propiedades "sumativas" (las de sus componentes independientemente de la unidad formada).

Las propiedades emergentes hacen nacer aspectos nuevos y también "construyen" parciales potencialidades. En tanto modelo el SRO trataría de insistir en su aspecto formal privilegiando las relaciones sobre los componentes, inversamente a lo que sería un modelo sustancial (Nagel, 1968). En el pasaje del "territorio al mapa" privilegiamos aquellos rasgos del sujeto (S) y de los objetos (O) que tienen que ver precisamente con las relaciones –simultáneas- de unión y de separación.

Según Kuhn (citado por Morales, 1989) "a) el yo de una persona está basado en las conductas que dirigen hacia él los `otros orientacionales'; b) el yo sirve como base a partir de la cual las conductas de una persona se dirigen hacia otros objetos, por lo cual,

c) la conducta de los `otros orientacionales´ dirigida hacia una persona determina la conducta de ésta relativa a todos los objetos, incluida ella misma (p. 49)”. En cierto modo, desde la orientación aquí propuesta, esos “otros orientacionales” son de pleno derecho los objetos significativos con los que el sujeto se relaciona definiéndose como categoría en emociones básicas ligadas al juego de distancias de la unión y de la separación.

Diversificar cognitivamente y afectivamente los objetos supone una división estructural diferente cualitativamente de otro tipo de parcelamientos sobre los que trataremos en las líneas siguientes: la disociación y la ambivalencia (ambitendencia).

Nuestra idea básica (Zuazo, 1996, c) es que el móvil principal del desarrollo/maduración del individuo consiste justamente en estructurarse como tal, con la exigencia de definirse como ente separado relacionado con los objetos sin los cuales simplemente no existiría. La unión y la separación conforman el gran conjunto motivacional en la base de todos los comportamientos, e incluso, es importante, en la definición de la propia estructura psicológica del individuo.

Entendemos pues la unión y la separación como mecanismos fundamentales que se expresarán en todos y cada uno de los momentos estructurales –epigenéticos- del desarrollo psicológico. El conflicto es consustancial a todos los pasos del desarrollo en la equilibración de los dos mecanismos. Esta dinámica marca el isomorfismo psicológico general que sugerimos. Los mecanismos se “cuelan” en la estructura psicológica del individuo al establecerse las relaciones sujeto/objeto.

Mantendremos la acepción algo confusa de vivencia para expresar la consciencia que tiene el individuo de su individualidad (sí mismo): vivencia globalizada en cuanto a la totalidad formada por el sujeto, los objetos y las relaciones, así como por la corporalidad (Zuazo, 1997, b) y vivencia de la situación actual, la biografía y la proyección en el futuro.

Las “instancias” (subestructuras del SRO) pueden ser asimiladas a capacidades de categorización; las clases objetales son “casillas” ocupadas por los objetos (elementos); por ello seguiremos algunas reflexiones en cuanto a las categorías.

Sugerimos en estas líneas que el SRO como “tópica” suma tres componentes esenciales: el sujeto (S), las relaciones de unión/separación y los objetos (O). La idiosincrasia de cada individuo humano sería consecuencia de la particular “mezcla” de los diversos aspectos en el interior del SRO; como escribe Codol (1981), la especificidad del ser humano “no puede ser en la realidad más que el resultado de la operación particular de un cierto número de características, cada una de las cuales, tomada aisladamente, es compartida por otras personas (p. 121)”. Además de la “tópica” freudiana (Freud, 1915, 1923) y de algunas revisiones psicoanalíticas, mencionaremos las aproximaciones al tema de ciertos autores representativos de algunas escuelas psicopatológicas de particular interés: Jung, Berne, Guidanno y Liotti.

2. SOBRE AMBIVALENCIA, DISOCIACION Y ELABORACION DE CONFLICTOS

El SRO, tomado como fundamental estructura psicológica (“interna”), muestra en la diversificación de clases objetales y en la búsqueda de la distancia oportuna aspectos complejos en, al menos, dos vertientes:

1. El campo de las discriminaciones objetales, de los “tipos” de objetos con los que se une y se separa el sujeto.
2. La vertiente del manejo cognitivo de los opuestos en sus distintas acepciones.

La psiquiatría y las teorías de la mente en general han tomado nota de los síntomas, los signos y las agrupaciones sindrómicas en los que la ambivalencia, la ambitendencia, la escisión o la disociación juegan un papel relevante y han estudiado las nociones de conflicto y de juego de oposiciones. Llevaremos a cabo en las líneas que siguen una sucinta revisión de estos temas.

Según Fedida (1988, p. 81) “ a partir del siglo XIX, la psicopatología se ha interesado por los procesos de desintegración, desestructuración, disociación, desdoblamiento” y, añadiremos, ambivalencia y rupturas asociativas así como automatismos mentales y fenómenos hipnoides, “inaugurando –continúa el autor- de este modo una concepción dinámica del organismo psíquico...”.

La disociación comprende según Guiraud –citado por Porot (1977)- “un defecto de la integración sintética...” así como “el no reconocimiento por el yo de ciertos componentes primordiales de la personalidad psíquica (p. 398)”.

Bleuler (1946) definía la ambivalencia como la “tendencia del espíritu esquizofrénico a considerar en el mismo tiempo bajo sus dos aspectos negativo y positivo, los diversos actos psicológicos (p. 14)”; el autor distinguía tres expresiones: afectiva, volicional (ambitendencia) e intelectual (contradicción del juicio). El origen de la ambivalencia esquizofrénica estaría para Bleuler (1946) en la debilidad de las relaciones asociativas que impedirían fundir los aspectos diferentes en una unidad; ello es lo que le permitió hacer de la ambivalencia un aspecto especial –en la esquizofrenia- del trastorno discordante, o disociativo, original. “Lo que distingue la ambivalencia –escribe Boutonier (1972)- de la discordancia, es que esta designa un conjunto de manifestaciones dispares, aquella la aproximación de estados psíquicos opuestos (p.26)”.

Generalizando la ambivalencia hacia la psicoastenia, Janet (1975) encuentra en esta última la aparición de manifestaciones ambivalentes por incapacidad del psicoasténico a realizar la síntesis (dada la disminución de la “tensión psicológica”) y cuyo efecto es la disociación de las tendencias contrarias.

Para Boutonier (1972) la ambivalencia es normal cuando la integración de las tendencias opuestas es suficiente “para que la unidad de la persona no sea amenazada (p. 63)”. Más allá de la ambivalencia “completa” esquizofrénica, Boutonier (1972) distingue: 1) una forma “incompleta” (en su forma típica en la obsesión) que sería observable y por tanto descriptiva; y 2) una forma latente, de índole explicativa o interpretativa, que se oculta no sólo al sujeto sino también al observador.

La existencia de una ambivalencia neurótica e incluso –para algunos autores- de una norma, lleva a Follin (1958) a precisar sus ideas al respecto: “Es un hecho muy general y muy normal en el fondo que el hombre sienta sentimientos múltiples, diversos, e incluso contradictorios, pero lo que es patológico es que esta ambivalencia en el esquizofrénico no se resuelva, y permanezca de algún modo fijada en la simultaneidad... (p. 219)”. Lo específico de la ambivalencia esquizofrénica no sería lo positivo y negativo simultáneos sino la coincidencia en el mismo lugar y tiempo del deseo y de la indiferencia: “lo más importante es que el esquizofrénico (...) quiere y no quiere, desea y no desea (p. 220)”. Según Follin (1958, p.221) otro tanto sucede con la disociación como fragmentación de los contenidos de la conciencia y de las relaciones del sujeto y el mundo: hay disociaciones neuróticas, histéricas, confusionales, delirantes; “lo que especifica la disociación esquizofrénica es que se presenta sin salida y que se fija en el autismo” y el autor concluye en que la discordancia (esquizofrénica) no es “en sí disociación o ambivalencia de la vivencia, sino alteración de la actividad psíquica definida por el movimiento contrario de los propios procesos psíquicos”.

Bleuler (1946) hace –como hemos visto- de la disociación o escisión (“spaltung”) el origen de la ambivalencia: la debilidad asociativa produce grupos asociativos diversos disgregados/reagrupados. Similar es el punto de vista de Janet (1975) que extiende la disociación a las interacciones de la fuerza/tensión psicológicas con respecto a patologías menos graves.

Freud (1938) trastoca el punto de vista viendo en la disociación efecto y no causa; tomando el ejemplo del fetichismo, sería, según Freud, la “repudiación” de una parte de la realidad (y la conservación del resto) quien originaría la disociación de “dos posiciones antagónicas y mutuamente independientes”; el autor continúa más adelante, “el que la vida psíquica de una persona presente en relación con determinada conducta dos actitudes distintas, opuestas entre sí y mutuamente independientes, responde a una característica de la neurosis, sólo que en este caso una de aquellas pertenece al yo y la antagónica, estando reprimida, forma parte del ello (pp. 3416—3417)”.

Desde el psicoanálisis kleiniano, Grotstein (1983) sitúa la disociación como gran mecanismo que corresponde al principio de discriminación (del mismo modo que con la generalización tendría que ver la identificación proyectiva). La disociación “en el nivel de la percepción, de la cognición –escribe el autor (1983)- implica un acto de separación discriminatoria, mientras que en el sentido defensivo, implica una fantasía inconsciente mediante la cual el yo puede escindirse (...) o escindir... (p. 17)”. El autor sigue en estas reflexiones a Segal a quien cita (p. 28) cuando describe la disociación que es presentada como “el fundamento de lo que más tarde será la facultad de discriminación, cuyo origen es la temprana diferenciación entre bueno y malo...”. De este modo estos autores distinguen una escisión no defensiva que sería de rigor en las diferenciaciones cognitivas/perceptivas y que constituye un mecanismo mental básico para los reconocimientos sujeto/objeto, contenido/continente, externo/interno. También para

Rosenfeld, según Grotstein (1983, p. 60) la disociación puede “sublimarse” o “neutralizarse” para transformarse en capacidad de “represión” o de diferenciación cognitiva. Desde el punto de vista clínico Bion (1977) utiliza el término de escisión para referirse a los trastornos graves y deja “el término disociación libre para su empleo en los casos más benignos (...) la disociación parece ser menos violenta y respetar los límites naturales entre objetos totales...(p.97)”.

3. SOBRE CONTRADICCIONES

Estudiar la disociación y la ambivalencia nos lleva de manera a veces imperceptible a situarnos en el conflicto y en el manejo cognitivo de los opuestos. Bléger (1984, p. 167) distingue más allá de la ambivalencia –o confluencia de términos antagónicos-, (1) la “divalencia” donde “los términos contradictorios son separados y mantenidos separados por las técnicas neuróticas (histérica, fóbica, obsesiva y paranoide)”, y (2) la “ambigüedad” en la que coexisten los contradictorios sin conflicto dada la indiferenciación y el déficit de discriminación simbiótica.

Ambigüedad, conflicto, ambivalencia se interpenetran con los procesamientos lógicos y con el grado de consciencia de los materiales elaborados. “Hay en la ambivalencia – escribe Boutonier (1972)- una contradicción incompatible con la consciencia que juzga y razona (...) es imposible que la ambivalencia se instale en la plena luz de la consciencia, ella no llegará a ello sino racionalizada, justificada, habiendo perdido su verdadera identidad (p. 59)”.

Los trastornos lógicos –que alcanzan su mayor grado en la esquizofrenia –tendrían que ver para Bonfils (1989) con la ineficacia de “los mecanismos fundamentales de distanciamiento y de jerarquización diferencial (p. 90)”. La disociación esquizofrénica estaría marcada por la ambigüedad y la ubicuidad. La simbolización según el autor, la lógica ligada al signo según la propuesta de este trabajo, opera según dos formas: (1) “sea por diferenciación jerárquica que organiza, estructura las relaciones de proximidad entre individuos (p. 78); sea (2) por la territorialización en tanto “puesta a distancia, alejamiento, separación... (p. 79)”. Del fallo en la jerarquización surgiría la ambigüedad (“coexistencia no jerárquica en una misma unidad de espacio y de tiempo, de dos o varios elementos formales de la misma naturaleza (p.79)”. Del fracaso en la territorialización nacería la abolición de la distancia, la interpenetración, la ubicuidad como pérdida de valor significativo del espacio. En el esquizofrénico el distanciamiento y la jerarquización diferencial de las unidades lingüísticas –siempre según Bonfils, (1989, p. 90)- serían ineficaces. El pensamiento dejaría de estar orientado. “El estallido ubicuitario del sentido es incompatible con el universo finito, limitado del discurso. Deja entonces lugar al vacío, lo blanco, el orificio”. Las múltiples antinomias marcarían el fracaso de la jerarquización lingüística. “La lógica del esquizofrénico está también `desterritorializada`. No es para él un `punto de vista` sobre el mundo, a partir de un

centro, de un `territorio`, sino un `punto de vista` del mundo sobre él, sobre su intimidad, sobre su interior abierto (p. 91)”.

Evidentemente para que se dé la contradicción ha de existir una previa discriminación de los términos que van a mostrarse en esa contradicción; como hemos visto, según Bleger (1984) la ausencia de una diferenciación adecuada sería patrimonio de la ambigüedad; por otra parte en la ambivalencia habría confluencia de términos antinómicos, mientras que en la divalencia los términos estarían separados. Lewin (1935) distinguía tres tipos de conflictos: (1) atracción-atracción, entre valencias positivas de intensidad similar, (2) rechazo-rechazo, en este caso entre valencias negativas, y (3) atracción-rechazo en el caso donde coinciden en un mismo lugar valencias positivas y negativas. Para Bleger (1984, p. 195) en el conflicto psíquico tanto de atracción-atracción como de rechazo-rechazo, si observamos con más atención, se da una simultaneidad de atracción y de rechazo en el interior de cada término, de ahí su carácter conflictivo de simultaneidad de contradictorios.

Para Strawson –estudiado por Tugendhat y Wolf (1997)- el principio de contradicción aristoteliano enuncia la imposibilidad de que “lo mismo –en tanto predicado- se dé y no se dé simultáneamente en el mismo sentido en lo mismo (p. 49)”, y precisamente el predicado es definido por el autor como función que cumple el discurso con respecto al objeto, es decir: mediante el predicado clasificamos al objeto. De este modo el objeto – en su relación con el sujeto- es colocado en un lado u otro de una línea divisoria: el principio de contradicción implica que no puede estar situado a ambos lados y que “no podríamos decir nada (...) que nuestro hablar se nos perdería por sí mismo...” (Tugendhat y Wolf, 1957, p. 58).

Pero el lenguaje verbal consiste, más allá de un procedimiento de comunicación, en un sistema básico de elaboración cognitiva (Zuazo, 1997, a). El principio de contradicción no se dirige hacia la realidad (externa) sino hacia el espacio lingüístico/cognitivo estableciendo campos de incompatibilidades en cuanto a la elaboración mediante el signo (en su definición restringida). El símbolo permite la coincidencia de los opuestos, pero no sobre el modo dialéctico hegeliano; “más bien –afirma Trevi, (1996)- se trata de una paradójica con-presencia, de una composición de opuestos que implica a su vez la metaoposición de tensión y conciliación (p. 66)”. De este modo el símbolo resulta un modo de elaboración, un –incluso imprescindible- procedimiento cognitivo cuando los conflictos suman movimientos contradictorios irresolubles según el modelo tesis-antítesis-síntesis. En la elaboración mediante el símbolo que se traduce en la clínica no hay síntesis sino copresencia bipolar, impensable mediante el signo (Zuazo, 1995).

Los rituales adoptan a menudo esa doble presencia, de hecho Croker –citado por Roberts (1991)- define el ritual como la “expresión en términos metafóricos de las paradojas de la existencia humana (p. 34)”. El último autor (1991), al estudiar los rituales en la familia, concluye: “El ritual puede mantener al mismo tiempo los dos aspectos de una contradicción. Todos experimentamos las paradojas fundamentales como vida/muerte, conexión/distancia, ideal/real, bien/mal (p. 39)”.

Por nuestra parte distinguiremos, con una elección de términos que difícilmente puede no ser arbitraria, la división, la disociación y la escisión:

1. **La división se refiere a la partición de las clases objetales según grados crecientes en la extensión y decrecientes en la intensidad.** El árbol de las clases objetales por procesos de bifurcación sucesivos va ganando en concreción y discriminación, y perdiendo en amplitud. La división es de carácter estructural y genera las “casillas vacías” propuestas por la diversificación genética.
2. **La disociación corresponde a los procesos transitorios de transferencias de rasgos.** Tiene que ver tanto con el (S) como con los (O) en todo tipo de posibles mutuas combinaciones. Insistimos en que la disociación, desde este punto de vista, tiene que ver con la periferia del (S) o del (O) en cuestión: su identidad permanece.
3. **La escisión se dirige también hacia el (S) o los (O), pero, en su dimensión nuclear.** Mientras que en la disociación se modifican las características del (S) o de los (O), en la escisión surgen diferentes (O) o (S). La disgregación es el caso externo de la escisión.

Conviene recordar la diferencia que se presenta entre (1) un “algo” que en tanto clase engloba dos elementos de esa clase (por ejemplo: número y par/impar), y (2) un símbolo que en el plano de lo simbolizado asume dos opuestos. Es precisamente esa la banda de separación que coloca de un lado el producto de la división y del otro el resultado de la disociación.

La disociación, por ejemplo madre/bruja-madrastra o padre/ “perro mordedor”, en la que unos rasgos de un primer objeto son trasladados a un segundo, requiere un paso previo donde los contradictorios coinciden en un objeto ambiguo con el que se simultanean las relaciones de unión y de separación sin una hegemonía oportuna. La elaboración cognitiva -imposible mediante el signo- se lleva a cabo a través del símbolo. El segundo objeto que recibe ciertos rasgos –no convenientes en el primer objeto- generalmente lo hace sea por el contacto o sea por la similitud que mantiene con el primero.

Cuando el sujeto (S) anhela simultáneamente unirse al objeto (O) y separarse del (O) en cuestión, prescindiendo de la intervención triangular de un segundo (O) que por ejemplo prohíbe, podrán dibujarse tres modalidades de elaboración psicológica ligada al mundo del símbolo:

1. **Sumar los opuestos en un símbolo** del tipo “belladurmiente” o “principesapo” en el manejo de la sexualidad, o –en el caso de la agresividad- en una creación ideativa del tipo “limpioensuciado” o “protegidodestruído”.
2. **Distribuir los rasgos, foco de oposición, en dos objetos;** es el caso del (O) liberado de los aspectos negativos que transitan hacia un segundo (O) que los recibe; de esta guisa se disocian los rasgos permaneciendo los (O) aunque, eso sí, deformados.
3. **Disociar los rasgos opuestos, pero esta vez correspondientes al (S) en dos “estados del sujeto” alternando en el tiempo.**

Las combinaciones entre los modos de elaboración son frecuentes, recordaremos, por tomar dos variedades entre las posibles (Zuazo, 1996, b), el caso de la fobia histérica y

la obsesiva. Tanto en la fobia –de tinte histórico- como en la contaminación obsesiva se dan dos pasos sucesivos: (1) la aparición del símbolo que suma los contradictorios y (2) la asociación de dos objetos según similitud, contigüidad o características del significante. En la fobia histórica se da –además- un movimiento disociativo posterior en el tránsito de los rasgos descrito. Esta particularidad hace que el objeto obsesivo contaminado pueda ser casi inmediatamente reconocido como asociado a –por ejemplo- el padre del sujeto; mientras que tras la disociación histórica el objeto fóbico permanece más oscuro en sus orígenes. Tal vez es en este sentido en el que se puede distinguir – como lo recuerda Capellá (1996)- una disociación histórica que tiene que ver sobre todo con las “representaciones”, y una disociación obsesiva que incumbiría la separación de las representaciones y de los afectos donde permaneciendo lo ideativo desaparecería (“aislamiento”) gran parte de su carga afectiva.

4. SOBRE CATEGORIAS Y CLASES OBJETALES

NOTA : Hemos distinguido en trabajos posteriores el SISTEMA PSÍQUICO RELACIONAL (SPR) y el SISTEMA DE RELACIONES OBJETALES (SRO)

- La estructura y organización psicológica del ser humano es el SPR que está integrado por el Ego (autorreferencia o “primera persona”), los Alteres o personas con las que se relaciona y las relaciones entre todos ellos.
Tanto el Ego como los Alteres comportan dos parcelas, una interna-(S)-(O)- y una externa-(sujeto)y (objeto)-; (S) y (O) forman parte del subsistema de relaciones objetales (SRO) Las querencias y gran número de afecciones tienen que ver –por definición- con el SPR.
La identidad del ser humano comporta al Ego, pero también a los Alteres en sus diferenciaciones internas y externas. La relación que establece el Ego ha de buscar, en un equilibrio conflictivo, la distancia oportuna.
El sistema psíquico relacional generador de las querencias es también, en su funcionamiento, el patrón de comparación para la génesis de muchas afecciones.
Desde una aproximación nuclear, la coherencia del SPR se expresa en el estilo de la personalidad. Desde un punto de vista más dimensional se dibujan diversas parcelas como conjuntos clínicos elementales . Desde la orientación hacia el contexto, la coherencia se manifiesta en la captación / anticipación del mundo.

Los objetos con los que se relaciona el sujeto en el interior del SRO son los elementos pertenecientes a las diversas clases objetales construidas en el diálogo con el medio. Estas clases se comportan como grandes categorías con siluetas o perfiles específicos. No parece necesario argumentar el fundamental interés evolutivo para las especies –y por supuesto para el ser humano- de los procesos de tipificación en todos los campos de la cognición; por otra parte, el tema en juego luce excesivo como para que el individuo, en los inicios de la vida, parta de la nada. Si “hoja en blanco” existe, precisamente

es una hoja: para el conocimiento (re-conocimiento) de los otros, el SRO nos ofrece las páginas (clases objetales) como modelos indispensables de categorización en los que se insertan como elementos los objetos, sobretudo esos objetos tan altamente significativos como son los prototipos.

Más allá de los trabajos de la psicología de la forma (Köhler, 1964), la psicología cognitiva, particularmente la vertiente que estudia la maduración/desarrollo y el aprendizaje, nos muestra la imposibilidad de captación del mundo sin una estructura interna que permita tratar la información. A diferencia del aprendizaje por instrucción, el realizado por selección “supone –según Mehler y Dupoux (1990)- que el individuo está lleno de potencialidades, pero (...) que es totalmente incompetente. Debe seleccionar las posibilidades que son compatibles con el entorno y eliminar las otras (p.49)”. Según los autores ello lleva a postular un “generador interno de diversidad” y un “mecanismo de selección”. Es también de algún modo el punto de vista de un estudioso del sistema nervioso como Changeux (1985) que sugiere la producción espontánea de “representaciones transitorias mal esbozadas (‘prerepresentaciones’) (p. 166)” que existirían antes de la interacción con el ambiente el cual seleccionaría únicamente algunas de ellas para ser introducidas en la memoria.

Ya el aspecto perceptivo organiza los datos sensoriales según categorías. “A ello se debe el que magnitudes físicas como la longitud de onda sean continuas, mientras que la representación psíquica que tenemos de ella sea discontinua... (Mehler y Dupoux, 1990, p. 74)”. Por otra parte la coordinación de los sentidos según “representaciones amodales”, en el sentido de Gibson (comentado por los últimos autores, p. 118), expresaría un modelo mental de esas correspondencias. De un modo más elemental pueden plantearse, por ejemplo, prototipos del rostro humano en los bebés e incluso esbozos de esquema corporal innatos.

Sin entrar en la posibilidad/imposibilidad de conocer la cosa “en sí”, las categorías en sentido kantiano parecen tener mucho que ver con las aplicaciones de la psicología cognitiva en tanto posibilidad de conocimiento de la realidad fenoménica (Zuazo, 1997, c). Según Mervis y Rosch -citados por Pérez (1989)- “existe una categoría cuando dos o más objetos o sucesos diferentes son tratados como equivalentes (p. 110)”. De este modo cuando se percibe/interpreta el mundo de los fenómenos se reduce la extraordinaria complejidad de los estímulos. La categorización puede ser definida, según Pérez (1989) “como el proceso por el que se minimizan las diferencias de diversos objetos con vistas a reducir las infinitas diferencias entre estímulos a proporciones, cognitivas y comportamentales, manejables (p. 110)”.

Tras las críticas de Wittgenstein (1988) a las características necesarias y suficientes en las definiciones de las categorías, “los atributos se distribuyen probabilísticamente entre los miembros de la categoría según un principio de parecido familiar (...) consecuentemente, las categorías ofrecen una gradación interna de tipicidad (...) y unos límites difusos (de Vega, 1985, p. 404)”. De este modo habrá unos patrones de semejanza con miembros más representativos unos que otros: los prototipos. Primar cognitivamente el prototipo tendría como finalidad, según de Vega (1985), limitar la ambigüedad de los bordes difusos en las categorías, por este camino los prototipos se instalarían como procesos básicos cognitivos. “La génesis de prototipos -escribe el último autor (1985, p. 405)-, y en definitiva la adquisición de categoría y esquemas,

dependen del cómputo de similitudes. Las funciones de similitud se asume hoy en día que son procesos de contrastación de atributos ponderándose tanto los compartidos como los distintivos”.

Percibir/interpretar el mundo es construir ordenando los fenómenos en búsquedas de similitudes/diferencias simplificando y acentuando rasgos. Pérez (1989) escribe: “la categorización define el lugar que ocupa cada individuo o grupo en el conjunto social, acentúa las diferencias entre grupos y al mismo tiempo hace confluir en una misma región sociocognitiva diferentes individuos; en definitiva se puede decir que homogeneiza lo individual y ‘particulariza’ lo social (p. 126)”. Los modelos actuales para la representación de los “otros” suman las corrientes de investigación de la percepción de personas como únicas y las correspondientes a su inscripción en una categoría. Siguiendo, por ejemplo a Brewer (estudiado por Mayor y Moñivas, 1992), las etapas en el proceso dual de reconocimiento seguiría sucesivamente (p. 483) los pasos siguientes: (1) identificación automática y no consciente, (2) tipificación según prototipos pictoliterales (comparación holística, no verbal, de patrones), (3) individuación de rasgos en un subtipo categorial y (4), personalización siguiendo una elaboración proposicional.

5. ALGUNAS “TOPICAS” ESTRUCTURALES DEL PSIQUISMO

Si pretendemos ver en el hombre un "núcleo duro" que lo dota de individualidad solipsista, el ser humano carece de una realidad última que sería "interna". Por otra parte, como lo afirma la “autoorganización” (Maturana y Varela, 1990), únicamente reconocemos, solamente detectamos aquello para lo cual estamos previamente dotados – casi- tautológicamente. Aparente contradicción teórica que desaparece -o se "encarna" en el interior del psiquismo- **al definir la estructura psíquica en tanto sistema de relaciones objetales: el objeto es tan parte del individuo como el propio sujeto en la relación con él. El SRO es la "tópica", el sujeto y los objetos son las "instancias". Desde nuestra perspectiva el juego dinámico y conflictivo se desarrolla en un ámbito ("tópica") que suma al sujeto y a los objetos. Dicho de otro modo: el sistema psíquico presenta una estructura -"tópica"- que se refiere no únicamente (ni sobre todo) al propio sujeto/individuo sino a las relaciones y a los objetos que son "carne de la propia carne" (y no algo exterior a la identidad). El ser humano vive en sociedad, pero sobre todo "es" sociedad.**

"Corrientemente -escriben Laplanche y Pontalis (1987)- se habla de dos tópicos freudianos, la primera en la que se establece una distinción fundamental entre inconsciente preconscious y consciente, y la segunda que distingue tres instancias: el ello, el yo, el superyo (p.430)”.

Recordaremos en las líneas que siguen, brevemente y como muestra, tres modelos estructurales, "típicos", cuyas prolongaciones teóricas, además de la bien conocida y dominante freudiana, han sido de particular interés para la definición del SRO tal como en estas líneas se propone. Si de **Freud** nos ha interesado particularmente la noción de conflicto constante y omnipresente, de la teoría junguiana -a menudo mal entendida y subestimada por atribuciones esotéricas- nos resulta particularmente significativa la teoría de los "arquetipos", no en cuanto lamarckismo ideativo sino en su acepción de predisposición, de "casillas cognitivas vacías". Las teorías de **Berne**, sin duda algo voluntaristas, no por ello dejan de presentar un acercamiento estructural ("interno") hacia los objetos en tanto sexuados e inscritos en la temporalidad de las generaciones, así sea en una atmósfera teórica de cierta confusión sujeto/objeto. El cognitivismo de **Guidano y Liotti** nos parece replantear algunas "instancias" psicodinámicas clásicas desde la perspectiva de la elaboración psíquica en tanto reglas de funcionamiento dando una gran preponderancia a la identidad personal en todos los constructos.

Comenzaremos por subrayar algunos puntos de vista psicoanalíticos un tanto "revisionistas" de la teoría freudiana clásica en torno al tema que nos interesa. Para Fairbairn (1944) el Yo no tiene como origen el "Ello", "por el contrario, el Yo Central es considerado como una estructura primaria y dinámica de la que derivan las estructuras mentales" (p.111). La disociación del Yo y la represión resultarían las dos caras de la misma moneda.

"La única posibilidad de eludir un dualismo entre estructuras antagónicas, consiste -escribe Guntrip (1973)- en desterrar el término Ello y reservar la palabra Yo para referirse a la totalidad de un psiquismo básicamente unitario dotado de un potencial innato que le permite desenvolverse y transformarse en un self verdadero" (p.49). El autor identifica el "self psíquico" con el Yo: "el self psíquico o yo-mente utiliza el cuerpo para su expresión simbólica y para la acción directa; no es un endeble Yo defensivo, a merced de las poderosas pulsiones del Ello o instintos orgánicos, sino un todo psicósomático" (p.93).

Ya Fairbairn (1962) había criticado la noción de libido (no aplicada a sus objetos) acusándola de separar arbitrariamente estructura y función. Erikson (1959) sostiene en el mismo sentido que la oralidad, la analidad, la genitalidad no son sino formas materiales de relacionarse con los objetos; a la vez describe seis formas básicas de relación: recibir, asir, conservar, dar, rechazar e invadir o atacar. De este modo desaparece, como afirma Guntrip (1973), "el hirviente caldero" de las pulsiones del Ello para emerger el sujeto humano como un todo evolutivo.

Lo primordial, tanto en Fairbairn como en Guntrip, es la preservación de la integridad psíquica, "la protección de la unidad dinámica de la psique, que es lo que permite desarrollar la capacidad potencial del verdadero self" (Guntrip, 1973, p.99). La salud, y la enfermedad van a estar directamente asociadas a la relación con los objetos, "al principio, -escribe Guntrip (1973)-, en la infancia; más tarde en el inconsciente (el reprimido Yo infantil, disociado y en conflicto), en virtud de la interacción en la vida real, del inconsciente y las relaciones objetales" (p.49).

En el estudio del esquema corporal y la imagen del cuerpo hemos insistido en los aspectos "vivenciados" (imagen corporal) del campo de la sensorio-motricidad y de la representación (Zuazo,1997, b). Por otra parte hemos recordado la dominante de unión (integración) en la vivencia unitaria del cuerpo; tanto la sensorio-motricidad como la

representación son cubiertas por la acción unificadora de la vivencia que tiene un pertinente paralelismo con la noción de sí mismo. "El sí mismo -escribe Kogan (1982)- es funcional: vivencia de nuestro cuerpo, experiencia del mundo interno, actitud hacia el mundo, cosmovisión, impulso de crecimiento", y un poco más adelante continúa: "con respecto al sí mismo, en cambio, no cabe esa toma de distancia y, por la tanto, no se tiene de él concepto sino sentimiento, vivencia..." (p.76).

La vivencia de unificación ejercerá su influjo sobre varios niveles. Cabe además hacerse dos preguntas:

- ¿Unificación de quién?: en un nivel, unificación del individuo; en otro nivel, unificación del sujeto.
- ¿Con quién se relaciona el unificado?: con los otros individuos en un nivel y con los objetos en otro.

Estamos sugiriendo aquí dos niveles "internos" en la vivencia de unidad. Insistimos en que no se trata de "confusión" sino de "unificación dominante", por tanto con la presencia simultánea de la separación no dominante:

- Vivencia de unidad del sí mismo (en el sentido de Kogan, 1982).
- Vivencia de unidad del sujeto, en el sentido de la enunciación de la primera persona (Yo) y no del pronombre posesivo (Mi).

El juego dinámico de las vivencias de unidad presupone un equilibrio en las "distancias" (unión y separación) y en las integraciones y desintegraciones relativas. Los otros individuos y los objetos no deben estar ni excesivamente lejos ni demasiado cerca, ahí radica la individuación satisfactoria.

Para Kohut (1980) los grandes peligros que corre el individuo no son consecuencia de acúmulos pulsionales (del Ello) sino que se deben a amenazas de desintegración del sí mismo sea por aislamiento o por confusión. Desde este abordaje del sí mismo, Kohut (1980, p.67) y más precisamente Gedo y Goldberg (1980) proponen de acuerdo al "principio de complementariedad" descrito por el primer autor, un modelo bimodal jerárquico epigenético según una "psicología del conflicto" (neurosis "estructurales" propiamente dichas) y una psicología del sí mismo.

Para Gedo y Goldberg el modelo tripartito (Yo - Ello - Superyo) sólo sería aplicable una vez constituido un sólido sí mismo; únicamente después podría hablarse del Yo restrictivo del segundo tópico freudiano. Modell (1988), criticando el monismo de Fairbairn, sostiene también una bimodalidad en los instintos: (1) los relativos al Yo (a la búsqueda de objetos) y (2) los del Ello en el sentido clásico freudiano. No nos parece justificado establecer una disociación de este tipo. Las dos líneas evolutivas representadas por la psicología del sí mismo y la psicología del conflicto aunque criticadas por Modell (que ve también conflictividad en la primera) son sin embargo reafirmadas por el autor en la bipartición instintiva que propone. Sugerimos aquí que ambas líneas en realidad se solapan con dos niveles distintos en los que el primero engloba al segundo:

1. Nivel genérico de búsqueda de la individualidad ("cohesión del sí mismo).
2. Nivel específico de esa búsqueda (dualidad/triangularidad).

“Todo el mundo sabe, en la actualidad –escribe Jung (1982, p.82)- que uno tiene complejos; lo que no sabe tan bien (...) es que los complejos lo tienen a uno”. El autor describe una topología psíquica que podemos, tal vez algo arbitrariamente, resumir en un conjunto de complejos enlazados con sus correspondientes arquetipos y reunidos en el sí mismo junguiano. El complejo para Jung (1970, p. 220) asocia en una totalidad un conjunto de ideas con una misma carga emocional incompatible con “la actitud y atmósfera conscientes” y con un grado “relativamente elevado de autonomía”; por otra parte, se presenta como figuras de hombre o de mujer que “personifican” los arquetipos. De este modo, los complejos serían los modos en que se manifiestan, en el nivel personal, los arquetipos de carácter colectivo o general. El arquetipo junguiano –como lo recuerda Baudouin (1975)- no es una imagen o un símbolo, no es una representación, “sino que su rol es el de organizar, según esquemas propios, el material representativo proporcionado por la experiencia exterior (p. 185)”. A pesar de algunos malos entendidos conviene insistir en que para Jung (citado por Stevens, 1994) el término de arquetipo “no pretende significar una idea heredada, sino más bien un modo heredado de funcionamiento, que se corresponde con la manera innata en que el pollito sale del huevo...(p. 49)”. Lo genético sería la predisposición: “Así pues, los arquetipos –escribe Stevens (1994)- nos predisponen a enfocar la vida y a vivirla de determinadas maneras, de acuerdo con pautas previamente dispuestas en la psique. Es más, también organizan las percepciones y las experiencias para ajustarlas a la pauta (p. 50)”.

“Superyo, Yo, Ello pueden ser representados familiarmente –sugiere Baudouin (1975)- como dirigidos de arriba hacia abajo, mientras que el corte junguiano: persona, yo, sombra, iría más bien de adelante hacia atrás, de la fachada a la intimidad (p. 353)”. “La persona” según Jung (1955, p. 101) “no es más que una máscara que aparenta una individualidad (...) constituye un compromiso entre el individuo y la sociedad...”.

“El complejo del yo” (Jung 1968) es todo lo consciente y es también la condición de consciencia de cualquier elemento psicológico. “La sombra” suma las cualidades opuestas a “la persona” y también se opone al yo (“es un `alter ego`decía Baudouin-1975, p. 356). Los complejos del “anima” y del “animus” corresponderían a las imágenes contrarias del género que porta el individuo. El yo, según Jung (1968, p. 457), no puede confundirse con el “sí mismo”, el primero no es “sino el sujeto de mi consciencia, mientras que el `sí mismo` es el sujeto de la totalidad de la psique, incluyendo el inconsciente”.

Baudouin (1975, p. 356) ve en la sombra “una evolución tardía del ello”; la persona sería según el autor de carácter más precoz que el superyo freudiano al cual emparenta el anima/animus dada su relación con la imagen materno/paterna, no obstante, escribe el autor, “el anima y el animus seducen, atraen, maravillan, espantan; se mueven sobre una gama que va de lo erótico a lo místico (p. 357)”.

El análisis transaccional establece una topografía psíquica según los “estados del yo” (Padre, Adulto, Niño) que serían aspectos fenomenológicos de lo que Berne (1977, p.21) ha denominado “órganos psíquicos”: la “arqueopsique”, la “neopsique” y la “extereopsique”. Los estados del yo “pueden describirse –según el autor(p. 15)- como un sistema coherente de sentimientos ligados a un sujeto determinado y operacionalmente como un sistema coherente de tipos de comportamientos...”. Según Berne (1977, p. 22) los estados del yo no serían “construcciones” (como la segunda tópica freudiana o las propuestas de Jung) sino “realidades fenomenológicas”. Las

hipótesis –desde este acercamiento- tendrían que ver con los “órganos psíquicos”: los vestigios de la infancia como arqueopsique, la prueba de la realidad como función de estados discontinuos (funcionamiento neopsíquico), y la extereopsique en tanto, por ejemplo, juego de identificaciones modeladas dogmáticamente sobre otras personas. Según Berne (1977, p.251) esta última tripartición no deja de recordar sucesivamente a las instancias freudianas del Ello (como “programación interna”), al Yo (como “calculador de probabilidades que se autoprograma”) y al Superyo (como “reservorio para las influencias extereopsíquicas”).

En un marco que se presenta como cognitivo Guidano y Liotti (1988) entienden la mente como un sistema de reglas de abstracción “que realizan un orden relacional de los hechos para producir la experiencia y la conducta... (p. 126)”. La característica del conocimiento humano sería la de lograr el orden a través del contraste buscando la coherencia (discrepancia). Liotti (1987) define un modelo estructural cognitivo que comprende: (1) un nivel nuclear, tácito, formado en las etapas tempranas del desarrollo según procesos de apego y modelado idiosincrásicos; (2) un nivel intermedio de descripciones explícitas y verbalizables que funcionaría como anillo protector de lo nuclear, en él se situarían los constructos personales binarios de Kelly (1955); (3) un nivel periférico de estrategias concretas de resolución de problemas. Según Feixas y Villegas (1990) “esta distinción, a diferencia de la psicoanalítica, entre contenido latente y manifiesto, no se basa en la existencia de instancias inconscientes (...) sino en un supraconsciente cognitivo... (p. 134)”.

Siguiendo a Guidano y Liotti (1988, p. 138) el nivel nuclear (“núcleo metafísico central”) funciona “como grupos de reglas profundas, a través de las cuales se ofrecen a la persona, tácita y directamente, marcos de referencia (p. 138)”. De este modo se determinan el conjunto de mundos posibles y se modulan/memorizan también los sentimientos. Los modelos de representación estarían formados –explícitamente-: (1) por la “identidad personal” (“totalidad de creencias, memorias y procesos de pensamientos sobre el si-mismo que produce una autoimagen coherente y un sentido de unidad personal y de la continuidad en el tiempo”), y (2) por los modelos de la realidad en tanto modelos representativos del mundo externo, incluso imaginados.

Una particularidad del modelo propuesto por los últimos autores es que la identidad personal se encuentra como paso –obligatorio- intermedio entre los “modelos de representación” y el “núcleo metafísico central”. De este modo cualquier dato o información sobre el mundo externo conlleva una información sobre el “si-mismo” y “cualquier supuesto tácito debe de pasar a través de la identidad personal para insertarse en los modelos representacionales (p. 144)”.

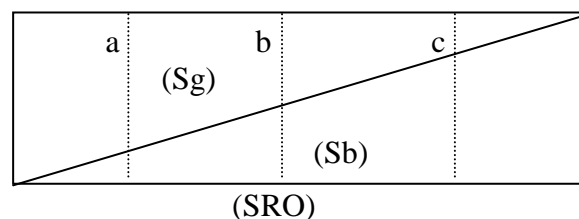
En un sentido similar pensamos que desde el punto de vista psicoterapéutico, la pregunta no es “¿lo entiendes?”, sino más bien “¿me lo entiendes?”... o desde el otro borde: “¿te lo entiendo?”. En el plano del contenido siempre se encuentran –también, y a veces sobretodo- el sujeto y el objeto: (a mi) me lo entiendes (tu), (a ti) te lo entiendo (yo). Y a través de esos yo, mi, tu, me, se juega la psicoterapia; dos sistemas de relaciones objetales, es decir dos relaciones intrapersonales que entran en una relación interpersonal.

6. SOBRE PSICOTERAPIA

La psicoterapia, tal como la entendemos, asienta sus bases en el discurso, en el lenguaje verbal y en la “tópica” representada por el sistema de relaciones objetales (SRO). Que todo discurso en tanto enunciado nos remite a la enunciación no puede implicar sino eso: la dotación de sentido en circuito interno de todos los aconteceres psíquicos, somáticos e interindividuales. Ello no implica el poder generalizar, en relaciones de causa/efecto supuestas y únicas causalidades psíquicas. En resumen: **la psicoterapia, desde nuestra perspectiva, tiene que ver únicamente con lo que se repite, con “el guión” del oculto (por definición) dramaturgo, con el SRO en tanto estructura y organización.** “Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, sin embargo los problemas surgen cuando nos preguntamos: ¿y qué es del Cesar?, ¿y qué es de Dios?... no obstante insistimos en que de ninguna manera el modelo del SRO que aquí se propone cubra todo el acontecer psíquico/psicopatológico, y cuánto menos interpersonal (social) o somático.

Para nuestra práctica psicoterapéutica van a interesarnos particularmente dos principios del funcionamiento psicológico: (1) todo material psíquico debe ser articulado en su conexión con el resto de materiales psíquicos, es decir: debe de ser coherente. La elaboración psicológica de cada material permite precisamente su integración en el psiquismo: elaboración sea mediante el modo del signo o el modo del símbolo; (2) en el SRO, el sujeto busca la distancia oportuna con cada uno de los objetos (es decir: la dependencia oportuna).

El SRO como “tópica” se ve atravesado por los procedimientos de elaboración cognitiva formándose de ese cruce la matriz del funcionamiento psicológico:



En la horizontal reflejamos el SRO que en cualquiera de sus cortes no extremos contará siempre con elaboraciones ligadas al signo (Sg) o al símbolo (Sb) pero variando las porciones respectivas; en (a) por ejemplo dominará el (Sg), en (c) el símbolo y en (b) la proporción de lo elaborado por el signo y por el símbolo será similar.

Puede postularse que el SRO se encuentra instalado en una memoria conceptual cualitativa. Su conexión –a través de esa memoria– con el lenguaje verbal genera campos semánticos enlazados lógicamente con el plano de la expresión verbal a través de la intensión del signo (Zuazo, 1997, a). La codificación se combina con la inferencia en la comprensión/producción del lenguaje. Es precisamente por esta intrincación entre

SRO, memoria y función s gnica por lo que la escucha de las asociaciones del paciente es instrumento de rigor para la psicoterapia. En el enunciado del paciente los materiales surgen, más allá de la voluntariedad, según las constelaciones de la estructuración cognitivo-afectiva y de su organización. De este modo el discurso del paciente presenta un movimiento que obedece a sus propias reglas, es en este sentido en el que el individuo es “llevado por su lenguaje”...

7. BIBLIOGRAFIA

- Baudouin, Ch. (1975). *L'oeuvre de Jung*, Payot, Paris
- Berne, E. (1971): *Analyse transactionnelle et psychoth rapie*, Payot, Paris.
- Bertalanffy, L. V. (1968): *Teoría general de los sistemas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bion, W. R. (1977). *Volviendo a pensar*, 2^a ed., Horme, Buenos Aires.
- Bl ger, J. (1988): *Simbiosis y ambigüedad*, Paidós, Buenos Aires.
- Bleuler, E. (1946). *Dementia Praecox oder Gruppe der Schizophrenien*, traduction de H. Ey, Congrès des médecins alienistes et neurologistes, Genève-Lausanne.
- Bonfils, B. (1989). *Penser le double. Essai sur la dissociation psychique*, *L'evolution Psychiatrique*, 54, 1, 77-92.
- Boutonier, J. (1972). *La notion d'ambivalence*, Privat, Toulouse.
- Capell , A. (1996). *La histeria y lo obsesivo*, Herder, Barcelona.
- Codol, J. P. (1981). *Une approche cognitive du sentiment d'identit *, *Social Science Information*, 20, 111-135.
- Changeux, J. P. (1985). *El hombre neuronal*, Espasa Calpe, Madrid.
- Diccionario de lengua española*, Real Academia española, (1992), XXI edición, Madrid.
- Erikson, E. M. (1959): *Enfance et société*, Delachaux et Niestl , Neuchatel.
- Fairbairn, W. R. (1962): *Las estructuras endops quicas consideradas en términos de relaciones de objetos*, en: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Horm , Buenos Aires.
- Feixas, G.; Villegas, M. (1990): *Constructivismo y psicoterapia*, PPU, Barcelona.
- Follin, S. (1958): *Sur la psychopathologie du processus schizophr nique*, *Evol. Psychiat.*, N_ II, 213-275.
- Freud, S. (1915): *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, *Obras Completas*, Tomo VI, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- Freud, S. (1921): *Psicología de las masas y análisis del yo*, *Obras Completas*, Tomo VII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- Freud, S. (1923): *El yo y el ello*, *Obras Completas*, Tomo VII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- Freud, S. (1938): *Compendio del psicoanálisis*, *Obras Completas*, Tomo IX, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- Gedo, J.; Golberg, A. (1980): *Modelos de la mente*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Gregory, R. L. (1976): *Perceptions as hypotheses* en Brown, S. C. (ed.): *Phylosophy of Psychology*, Mac-millan, Londres.

- Grotstein, J. S. (1983): Identificación proyectiva y escisión, Gedisa, Mexico.
- Guidano, V. F.; Liotti, G. (1988): Una base constructiva para la terapia cognitiva, en: Mohoney, M. J.; Freeman, A. (eds.), *Cognición y Psicoterapia*, Paidós, Barcelona.
- Guntrip, H. (1973): *El self en la teoría y la terapia psicoanalítica*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Janet, P. (1975): *De l'angoisse a l'extase*, Tome I, Sociéte Pierre Janet, Alcan, Paris.
- Jung, C. G. (1955). *El yo y el inconsciente*, Luis Miracle, Barcelona.
- Jung, C. G. (1968): *Types psychologiques*, Georg y Cie. S. A., Genève.
- Jung, C. G. (1970). *Los complejos y el inconsciente*, 2ª ed., Alianza, Madrid.
- Jung, C. G. (1982). *Energética psíquica y esencia del sueño*, Paidós, Barcelona.
- Kelly, G. A. (1966): *Teoría de la personalidad*, 2 volúmenes, Troquel, Madrid.
- Klein, M. (1975). *La psychanalyse des enfants*, 4ª ed., PUF, Paris.
- Kogan, A. A. (1981). *Cuerpo y persona*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Kogan, A. A. (1982): *El yo y el sí-mismo*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Kohler, W. (1964). *Psychologie de la forme*, Gallimard, Paris.
- Kohut, H. (1980): *La restauración del sí-mismo*, Paidós, Buenos Aires.
- Laplanche, J.; Pontalis, J. B. (1987). *Diccionario de Psicoanálisis*, Labor, Barcelona.
- Lewin, K. (1935). *A Dynamic theory of Personality*, Mc. Graw Hill Book, Nueva York.
- Liotti, G. (1987): *Structural cognitivy therapy*, en Dryden, W.; Golden, W. L., (eds.): *Cognitive-behavioral approches to psychotherapy*, Hemisphere, Nueva York.
- Maturana, H.; Varela, F. (1990): *El árbol del conocimiento*, Debate, Madrid.
- Mayor, J.; Moñivas, A. (1992). *Representación e imágenes mentales: I. la representación mental*, en J. Mayor y M. de Vega (eds.). *Memoria y representación*, Alhambra, Madrid.
- Mehler, J.; Dupoux, E. (1990): *Nacer sabiendo*, Alianza Editorial, Madrid.
- Modell, A. H. (1988): *El psicoanálisis en un contexto nuevo*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Morales, J. F. (199). *Identidad social y personal*, en A. Rodriguez y J. Seoane (eds.). *Creencias actitudes y valores*, Alhambra, Madrid.
- Nagel, G. (1968). *La estructura de la ciencia*, Paidos, Buenos Aires.
- Pérez, J. A. (1989). *Percepción y categorización del contexto social*, en A. Rodriguez y J. Seoane, (eds.). *Creencias actitudes y valores*, Alhambra, Madrid.
- Porot, A. (1977). *Diccionario de Psiquiatría*, tomo 1, Labor, Barcelona.
- Roberts, J. (1991). *Encuadre: definición, funciones, y tipología de los rituales*, en Imbert-Black, E.; Roberts, J. ; Whiting, R. A. (eds.). *Rituales terapéuticos y ritos en la familia*, Gedisa, Barcelona.
- Stevens, A. (1994). *Jung o la búsqueda de la identidad*, Debate, Madrid.
- Trevi, M. (1996). *Metamorfosis del símbolo*, Anthropos, Barcelona.
- Tugendhat, E. ; Wolf, U. (1997). *Propedéutica lógico-semántica*, Anthropos, Barcelona.
- Vega, M. de. (1985). *Procesamiento de información y cultura: hacia una integración teórica*, en J. Mayor. (ed.). *Actividad humana y procesos cognitivos*, Alhambra, Madrid.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*, Crítica, Barcelona.
- Zuazo, J. I. (1995): *Aspectos de la elaboración psicológica y organización del símbolo*, *Rev. de la Asoc. Esp. de Neurops.*; vol XV, Nº 55, oct-dic, 627-647.
- Zuazo, J. I. (1996, a): *En torno al sistema de relaciones objetales: de la metáfora y la metonimia a la unión y la separación*, *Informaciones psiquiátricas*, Nº 144, 2º trimestre, 153-164.

- Zuazo, J. I. (1996, b): Aspectos de las organizaciones neuróticas desde la perspectiva de la distancia oportuna entre el sujeto y sus objetos, *Anales de psiquiatría*, Vol. XII, N°1, 30-39.
- Zuazo, J. I. (1996, c), Relaciones de objeto y relaciones interpersonales, *Psiquiatría pública*, Vol. 8, N° 5, 292-297.
- Zuazo, J. I. (1997,a). Algunos aspectos de las asociaciones verbales en la psicoterapia, *Psiquiatría Pública*, vol 9, N° 5, 343-348.
- Zuazo, J. I. (1997, b). Corps et distance en psychopathologie, en J. Guimon y A. Fredenrich-Muhlebach (Eds.). *Corps et psychopatologie*, Ed. Médecine et Hygiène, Genève.
- Zuazo, J. I. (1997, c). El sujeto y sus objetos: enunciación y experiencia, aspectos psicológicos y psicopatológicos, *Anales Psiquiatría*, vol 13, N°1 31-40.